

EFRAÍN BARQUERO: POETA DE LA MEMORIA Y LA SOLIDARIDAD

Nain Nómez
Universidad de Santiago de Chile
nain.nomez@usach.cl

A MODO DE PREÁMBULO

Mis encuentros con Efraín Barquero se remontan a los años 90s del siglo XX, cuando el poeta volvió circunstancialmente a Chile, alentado por el retorno transitorio a la democracia. En ese momento intentó su reinserción en el país del cual estuvo exiliado por cerca de 20 años, con la publicación de tres libros que pasaron absolutamente desapercibidos: *Mujeres de oscuro*, *A deshora* y *El viejo y el niño*. La desidia y el “ninguneo” nacional le impidieron quedarse y tuvo que retornar a Francia, la nación que lo había acogido durante su destierro. Con su vuelta definitiva, entablamos una amistad más permanente en conversaciones, lecturas y silencios que duraron hasta su imprevista muerte el 29 de junio del 2020.

Su producción poética compuesta por más de una veintena de libros fue ampliamente premiada y divulgada, pero la timidez y el retraimiento público del poeta, lo alejaron del mundanal ruido de los medios de comunicación materiales y virtuales, las entrevistas, la divulgación de su obra y la plaza pública. Hasta el fin de sus días, muchos críticos y escritores, creían que aún vivía en Francia, aunque hacía más de 20 años que había vuelto a Chile con su esposa Elena. A fines del 2019, se gestó una iniciativa de la Universidad de Talca y la Municipalidad de Teno para llevarlo a leer poemas a estudiantes de la zona del Maule y para que pudiera visitar su tierra natal (Piedra Blanca en Teno, Curicó). Pero ya no fue posible por su delicado estado de salud que le impedía hacer viajes largos. Ganas no le faltaban, pero su cuerpo debilitado por una enfermedad que le dificultaba caminar, se lo impedía. Su última actividad pública fue una lectura de poemas en la Feria del Libro de Santiago del poemario dedicado a su esposa fallecida, publicado con el nombre de *Escrito está* en el año 2017 y que presentamos con Pedro Lastra. Para la reedición de *El viento de los reinos* (1967/2019), reeditado por Pedro Pablo Guerrero, estuvo ausente porque ya le costaba mucho caminar. Sin embargo, este decaimiento físico no mermaba sus facultades creadoras y al momento de su muerte, el poeta estaba trabajando en tres libros nuevos simultáneamente, de los

cuales me leyó algunos poemas escritos con una letra casi indescifrable en antiguos cuadernos de colegio. Esta nota es también un homenaje póstumo al poeta, al amigo y al ser humano que se transparenta en su producción poética.

LOS INICIOS Y EL CONTEXTO

En 1950, Efraín Barquero (1931) cuyo nombre civil era Sergio Efraín Barahona Jofré, publicaba su primer poemario *Árbol marino* y cuatro años después, su escritura se consolidaba con la publicación de *La piedra del pueblo* con prólogo de Pablo Neruda. Respecto de este último libro, Jaime Concha señalaría que se trata de un poemario que se compone de dos substancias elementales: la tierra y el fuego; para luego analizar la capacidad de Barquero para evocar los objetos y transmutarlos en materia social. Dirá que “los objetos... tienen una grave persuasión sobre su obra... no los disfraza con máscaras simbólicas ni los deforma en los laberintos de la emoción: los acepta en su existencia plena y desnuda” 1966: 34). Es un periodo efervescente de la poesía chilena, encabezado por la antipoesía de Nicanor Parra (*Cancionero sin nombre* de 1937 y *Poemas y antipoemas* de 1954) y las voces innovadoras de Gonzalo Rojas (*La miseria del hombre* de 1948) y Enrique Lihn (*Nada se escurre* de 1949). Pero además una numerosa cohorte de poetas acompaña a los anteriores con diversas posturas estéticas y políticas: Jorge Teillier, Miguel Arteche, David Rosenmann-Taub, Alberto Rubio, Armando Uribe, Delia Domínguez, Eliana Navarro, Carlos de Rokha, Pedro Lastra, Irma Astorga y Luis Oyarzún, entre muchos otros.

En este ambiente poético rico en matices, la obra de Barquero conserva una morosidad ligada a un mundo ancestral que se origina en la tradición campesina y cuya inmutabilidad se hace trascendente y universal. Aunque su estética se ha equiparado a la del Larismo de Jorge Teillier, en la obra de Barquero no predomina el recuerdo del paraíso irrecuperable. Elementos de la producción teillieriana como la autodestrucción del amor, la belleza de una naturaleza intocada, la casa de la inocencia, todos símbolos de la amenaza del tiempo destructor que perturban el “árbol de la memoria”, pierden su sentido para un poeta como Barquero, que instala la naturaleza en el presente y la pone en comunión con el ser humano de aquí y ahora. Esos momentos dan origen de vez en cuando a una epifanía llena de misterio, una verdad que ilumina un instante al sujeto para luego desvanecerse en la noche que la devuelve a la oscuridad de los inicios.

UNA ESTÉTICA PERSONAL: *LA COMPAÑERA*, *ENJAMBRE*, *EPIFANÍAS* Y LOS POEMAS INFANTILES.

Lo que sigue es una rápida incursión en los poemarios de Efraín Barquero, guiada por algunos trabajos que he publicado en el curso de los años. *Árbol marino*, texto ya citado y primera publicación, es un viaje por la memoria y un reencuentro con

las raíces, un remontar la corriente para recrearla como producción poética y recobrar su sentido. El sujeto del poema “Amor de la tierra”, exclamará: “Amor de la tierra, no me des tregua nunca. / Yo seré como una ola que regresará siempre / a morir y renacer en tus arenas.” (*Antología*: 45). La *pedra del pueblo*, otra obra ya citada, anuncia desde su “arte poética” o poema liminar, los rasgos de gran parte de la producción posterior del autor, el carácter aurático y esencial de elementos ancestrales como el pan, el vino, la piedra, el agua o la tierra, los que se integran a los oficios originales o artesanales. En *La compañera* (1956) el poeta da un vuelco para representar lo social a partir de lo familiar. La mujer es el puente para postular un orden humano distinto en donde se establece la integración entre Naturaleza, Mujer y Pueblo. El hablante dirá en el poema “Así es mi compañera”: “Es una niña del pueblo (...) así es, y es más dulce todavía, / como agregar más pan a su estatura, / más carbón a sus ojos ardientes, / más uva a su ruidosa alegría” (50) La gradación ascendente en el poema produce un encadenamiento entre la naturaleza y lo humano, para ir armando la urdimbre de un tejido que se asocia al amor y a las relaciones sociales: “Tú eres como una casa con tus senos y tu rostro/ donde puedo tenderme tranquilo. / Yo soy como una puerta con mi pecho/ donde puedes sentirte segura” (“Qué eres en mis brazos”: 61). *La compañera* recibió el Premio Municipal de Poesía de Santiago y el Premio Atenea de la Universidad de Concepción. *Enjambre* de 1959, amplía los símbolos de la familia y la casa como expresiones de la colectividad y la tierra. La obra, obtuvo el Premio Gabriela Mistral y representa en sus poemas el mundo familiar a través de la imagen del granero que guarda la semilla hasta que germine en los encuentros con la noche: “Porque en la noche se llenan los cántaros más anchos/ se colorean los plumajes, los minerales se despiertan, /las bestias se humanizan, los árboles se tocan” (“Granero”: 74). Esta percepción se cierra con el largo poema “El invitado” en donde la trilogía familiar se completa con el hijo, en una trascendencia que le da sentido a la producción humana y literaria estableciendo una continuidad entre ambas creaciones.

El pan del hombre de 1960 revitaliza algunos de los símbolos fundamentales que había desarrollado la poesía de Barquero antes. Los poemas profundizan en las claves materiales anteriores: la casa, la mesa, el pan la comida, la noche, hasta llegar al niño, origen y fin, “al niño que envejecerá de juventud astral, y morirá en el cielo” (“El niño”, 97) y que, como nosotros, vive en la casa-tierra “para nacer y amar, para morir” (“La casa”: 98). A partir de *El regreso* (1961), se producen dos movimientos que se extienden en direcciones opuestas para reencontrarse más adelante. Por un lado, un despliegue metafísico y arquetípico que se detiene en el ciclo de la vida como regeneración natural, y por otro, un arraigo en el mundo del niño, representado por el lenguaje infantil y el juego. De esto último darán cuenta libros como *Maula* (1962) y *Poemas infantiles* (1965), vinculados a la relación familiar con el hijo. Tienen en común el uso de los recursos de la canción, el folclor popular, lo festivo, la narración y el uso de la imagen. Con *El viento de los reinos* (1ª ed. 1967/ 2ª ed. 2019), se produce

un nuevo vuelco en esta poesía, pero siempre en un proceso de ahondamiento de sus propios temas y obsesiones. El libro recibió el Premio Pedro de Oña de la Municipalidad de Ñuñoa. El poeta viaja invitado a China y el contacto con esta cultura milenaria, inserta su obra en una zona de historia desconocida que decanta y trae al presente, pero siempre buceando en su propia estética. Son poemas complejos que aluden al movimiento entre lo eterno y lo transitorio, pero donde permanecen algunos de los símbolos-materias anteriores, como la tierra, la semilla, el pan: “El hombre solo vive cuando recupera su semilla / lo demás es este largo cautiverio de la luna / esta vieja manera de morir lejos de aquellos que nos guardaron / un lugar junto al pan impenetrable” (“Tierra china”: 162). El libro que sigue, *Epifanías* (1970), es una especie de matriz refundacional de los planteamientos vitales y estéticos que permanecen: los objetos materiales que son una revelación profunda del mundo humano y el establecimiento de un orden cósmico donde todo adquiere un sentido. Reaparece en el centro de *Epifanías* el símbolo de la casa que se convierte en el *axis mundi* epifánico para manifestar el orden familiar y universal, que el poeta quiere representar poéticamente: “La casa es como un animal de la sombra (...) / Todo está a la vez iluminado, todo en tinieblas / todo está ordenado en los armarios / en la memoria de los ausentes / los años vienen a beber en mi boca(...) / yo soy el comensal, el que guarda intactos los seres engullidos” (“Tema 1”: 179).

LA POESÍA DEL EXILIO Y EL RETORNO TRANSITORIO

Después del Golpe de Estado de 1973, del exilio y de las experiencias del desarraigo, la poesía de Barquero se vuelca a la contingencia en dos libros publicados en 1974 con significaciones y rasgos estilísticos distintos. *El poema negro de Chile* describe y metaforiza la represión sin caer en el panfleto. Se caracteriza por una visión distanciada de la realidad, el estilo narrativo, el uso de la anáfora y la repetición, la impersonalidad de los personajes y su carga ritual, la discursividad simbólica ligada al cristianismo sacrificial y las alegorías universales. El resultado es un mundo opresivo que tiene como eje una esencialidad humana que trasciende su momento a través del sufrimiento del desvalido. Poemas como “La plaza”, “Los sacrificados”, “La familia diezmada” o “Galopan las patrullas” dan cuenta del clima de terror y represión que el poeta quiere mostrar: “Vertieron sangre de padres que esperaban / ver crecer a sus hijos, sangre joven o más vieja. (...) / Sangre que no fue ofrecida a ningún dios/ ni a un demonio, sino al hijo que llevamos / y que una mujer deposita a nuestros pies” (“Los sacrificados”: 234). Por su parte, el otro libro, *Bandos marciales*, es una parodia de los bandos militares y en ellos se asume la voz impersonal de un sujeto palimpséstico que realiza un discurso irónico que se instala sobre la solemnidad de la fuente. Por ejemplo: “Hemos encontrado la fórmula / para despolitizar las universidades: / expulsando la mitad del alumnado, / expulsando la mitad del profesorado / y acortando

los estudios a la mitad. *Mens sana in corpore sano*” (“Bando 103”: 250). O este otro: “Cúmplenos expresar nuestra sincera aflicción / por el desaparecimiento de Pablo Neruda, / autor de varios libros sobre los pájaros / y gran cultor de nuestras bellezas patrias” (“Bando 118”: 251).

Sólo 18 años después, volverá Efraín Barquero a publicar, casi los mismos que duró la dictadura en Chile. En su primer retorno que ocurrió en 1990, el poeta publicó los tres libros mencionados al comienzo de este recuento. Si bien el poeta había sido uno de los vates más destacados por la crítica nacional antes de 1973, su exilio del país había sido demasiado largo y en un lugar de memoria corta como Chile, sus nuevos libros pasaron casi desapercibidos. De los tres poemarios (*Mujeres de oscuro*, *A deshora* y *El viejo y el niño*), el primero es el más complejo. En 1993, el libro fue premiado con el Premio Academia Chilena de la Lengua. Reeditado en el año 2017, es un texto que tiende puentes entre el desarraigo del exilio y el intento de recobrar las raíces y la memoria a partir de las reminiscencias de la infancia: “esa edad misteriosa en que vivimos antes” (2017: 42. Estas significaciones se articulan con la línea central del libro, las mujeres de oscuro que hablan en primera persona y que se sienten hermanadas por la sangre. El poeta rememora a las mujeres campesinas que conoció en su infancia: “Pasé toda mi infancia con un grupo de tías solteras, las mujeres de oscuro que yo digo, en una construcción de barro, con una cocina hollinada, humosa, que siempre se quedó en mi mente” (*El Mercurio*, agosto 1999). Es lo que se describe en el poema “Ella no cuenta su vida”, donde el contraste entre la mujer de adentro y la mujer de afuera se diferencian en la proyección o la envidia, pero a la vez se hermanan en los deseos y la sangre: “Ella no cuenta su vida, ella se escucha a sí misma / mirando la boca de las mujeres más jóvenes. / Qué jóvenes son como un secreto olvidado. / Ella se toca la cara y la recuerda como era / engañándola con el más dulce de los engaños / y se queda ahí vestida con todas sus edades” (2017:46). El tópico nodal de este libro se entroncará con una línea poética que el poeta proseguirá en *Pacto de sangre* de 2009. Libro donde los sujetos femeninos salen de su ostracismo pasivo para entablar un diálogo de culturas, que apunta a reconocer la diversidad y superar las antinomias.

LA MESA DE LA TIERRA, EL POEMA EN EL POEMA. EL PAN Y EL VINO: LOS NUEVOS ARRAIGOS DEL POETA.

En el periplo del poeta, un libro importante es *La mesa de la tierra* publicado en 1998 y donde parece haber decantado las obsesiones de sus libros mayores: el reencuentro entre naturaleza e historia por medio de la preservación de unos cuantos elementos fundamentales: el aire, el fuego, la tierra, el agua, la sangre o la piedra y por otro lado, materias que se nuclean en torno a la solidaridad: el pan, el vino, el cuchillo, la abeja, la casa, la semilla, la puerta. Entre los premios recibidos por esta obra, está de nuevo el Premio Municipal de Santiago además del Premio de Poesía del Consejo

Nacional del Libro y la Lectura, el Premio Altazor, el Premio de la Academia de la Lengua y el Premio Atenea de la Universidad de Concepción. En este libro lo que se busca es poetizar la trascendencia de los vínculos humanos, de los gestos cotidianos, a través de una búsqueda solitaria y desesperada, pero también solidaria. La mesa es el símbolo de la continuidad de la especie y por lo tanto, también el arraigo, la memoria y el rito del reencuentro con los otros: “Si arrancas el cuchillo del centro de la mesa / y lo entierras en el muro a la altura del hombre, / estás maldiciendo el pan con su semilla, / estás profanando el cuchillo que usa tu padre / para rebanarse la mano, para que la sangre sea más pura. / Y los hijos se reconozcan. Y no se oculten de sus hermanos” (“La mesa servida”: 9). En poemas como “El alimento” y “El brindis” se reitera la función de la mesa como lugar de encuentro entre vivos y muertos, presentes y ausentes, estableciendo una confluencia que idealiza la materia y tiene como núcleo la metaforización de los actos cotidianos. En ese cruce es donde Barquero se separa de la poesía Lárca y se liga a cierto neo romanticismo vitalista, así como a antiguas corrientes gnósticas y presocráticas que devuelven al ser humano a su origen natural. Con posterioridad y ya en el año 2000, aparece su primera antología, la que reúne una selección de poemas de sus libros anteriores y por la cual recibe una vez más el Premio Altazor de Poesía.

En *El poema en el poema* (2004) su siguiente poemario, Barquero retorna de manera lúcida y profunda, a sus temas esenciales y fundamentalmente a las búsquedas de una comunión primordial con la fraternidad humana que se vislumbra en los orígenes. Hay una íntima relación entre los poemas de *La mesa de la tierra* y este último libro, que recibe de nuevo el Premio Altazor. Con una escritura depurada de excrecencias retóricas, sentencioso y riguroso, Barquero poetiza los comienzos de la vida comunitaria y de la creación poética; a saber, el asombro frente a la naturaleza, el sentido del trabajo, de la comunidad, de la familia, del amor, de los otros y otras y también del “poema en el poema”. Mano, fuego, árbol, agua, ceniza, piedra, cuchillo, casa, tierra, semilla y mesa vuelven a ser los elementos primigenios del conocimiento y la convivencia y la poesía vuelve a ser un “gran fuego que arde”, como señala el poema central. Y añade: “La poesía es como hacer un gran fuego / un soplido largo, muy largo en las tinieblas / cuyo sonido cambia si es invierno o verano / olvidando quienes somos en la eterna llamarada” (“El poema en el poema”: 83). En el año 2008, además de recibir el Premio Nacional de Literatura, el poeta publica *El pan y el vino*, un libro litúrgico y dialogante compuesto por 27 textos sin título que conviven con otros textos que presentan una voz en off de tono menor. Es un poemario que mezcla la oralidad y la escritura, donde el pan y el vino aparecen (de nuevo) como alimentos primordiales de la solidaridad, representados por el visitante y el visitado. En estos poemas, el acto de comer nos devuelve a la ritualidad de los inicios, “donde todos somos iguales”, porque se vuelve a repartir la semilla de la tierra. Es la repetición litúrgica de los actos sagrados ligados en esencia al pan y el vino: “Al comer frente

a otro el mismo bocado / nos damos cuenta que no podríamos hacerlo sino en una mesa donde todos somos iguales / donde todos tenemos el mismo porte / donde nos confundimos con el vapor de la comida / con el halo de nuestro aliento / al ofrecer el pan y el vino a los comensales tú haces que su semilla no se pudra en la tierra” (20). Y en el final, se señala: “todo lo que se hizo carne y sangre en el hombre/ se sublima en el pan/ se redime en el vino” (63).

ULTIMOS POEMAS: REAPARICIÓN DE LAS VOCES DE MUJERES

Además de las reediciones de *Poemas infantiles* de 2016, de *Mujeres de oscuro* (2017) y *El viento de los reinos* (2019), Barquero publica dos últimos libros que están dedicados a incursionar en el mundo femenino. El primero de ellos *Pacto de sangre*, data del año 2009 y presenta en cuatro partes, una mirada distinta dentro de la producción del poeta. Esta diferencia consiste en poner en el foco del libro, la difícil relación que se establece entre una castellana y una india en un movimiento de ida y vuelta que comprende una diversidad de ritos, pasajes, ceremonias y formas de encuentro; que van de la extrañeza al reconocimiento, desde la indiferencia y el silencio a un proceso que se involucra con la interioridad de las dos mujeres y la representación de sus subjetividades. Además del narrador que se instala en el punto de hablada de la castellana y la india para re-unir la diversidad de las experiencias de cada una, aparecen otros personajes como el invitado o el desconocido, para mirar desde otro prisma la relación de las dos mujeres. La experiencia de la india se entrega a la castellana a través del saber natural: los árboles, las flores, los lugares, elementos que interceden en el diálogo y que para la otra son sólo intermediarios con funciones prácticas. Lentamente el conocimiento ancestral de una empieza a tener sentido para la otra, aunque ciertos usos y costumbres siguen siendo irreductibles. Lo que se plantea en este “pacto de sangre”, es un reconocimiento del otro en un paso a paso que es el relato del libro mismo y que culmina en la sección cuarta titulada “El cordero del sacrificio”, donde la sangre del cordero sirve de puente y purificación entre ambas culturas: “Aunque una es blanca y la otra del color de la tierra / las dos se parecen cuando acallan su sangre. / Y es la india quien recibe el cuchillo de manos de su ama... / Porque con el mismo además de arrancar una rama/ abre en dos de un solo tajo el cordero del sacrificio” (71). Por un lado, es la india la que inicia el ritual del sacrificio del cordero y por lo tanto es la que activa la relación-diálogo con la castellana y por otro, reaparece el cuchillo (igual que en libros anteriores) como un objeto-símbolo relevante ligado a la sangre, al sacrificio y a la regeneración. Pero además el cuchillo establece el espacio sagrado desde donde afloran los recuerdos del sacrificio primordial que unió a los seres humanos en el origen. En la sección VIII con la cual finaliza el libro, leemos: “Fue la sangre del animal la que selló su hermandad / donde la piedra, el lavatorio, el fuego, el cuchillo / tuvieron otro uso que el de todos los días. / La india fue la mediadora del

más antiguo culto / (...) Comimos entonces con un gozo entrañable / gustando el vino enterrado, el pan del perdón / sintiendo después un gran frío, una inexplicable tristeza. / Como si dejaran de ser para ser por fin ellas mismas” (85).

El último libro que comentaremos en esta nota es también el último del poeta en vida y representa un homenaje a su esposa de toda la vida, Elena, fallecida ese mismo año. *Escrito está* (2017) se inscribe en una tradición literaria que se remonta a la tragedia griega con sus resonancias elegíacas, aunque no deja de ser una continuidad en la producción poética del autor. Pero si bien aquí se perciben las huellas de los escritos anteriores, -como son el efecto ditirámico y solemne, el estilo oracular de las consejas, la enunciación intimista y dialogante, las relaciones con el mundo natural y los alimentos-, este texto está impregnado de un sentimiento de pérdida y de duelo inexorable. El sujeto de los poemas retrotrae el pasado al presente y hace revivir a la ausente, retomando el rito de la comunidad solidaria de otros textos, pero ya no con el colectivo sino con la amada perdida, que es también tierra, naturaleza y mundo. Aunque la rememoración es incapaz de retener la historia o devolver al ser amado, éste puede recuperarse en la página en blanco a través de la escritura (“la primera palabra”), lo que permite una unión simbólica más allá de la muerte. En el poema VI, la amada se invoca en forma apostrofica: “Yo quiero hacerte vivir como yo revivo en mis poemas / cuando siento en mí que alguien me espera. / y esa espera es como la amistad del día. / Y esa espera es tan dulce como recordar un nuevo rasgo tuyo. / Yo sé que estás presta para convertirme de nuevo en la materia / de mi poesía, hecha de agua y tierra como el pan. Pero esta vez te quiero de aire y de luz. / Yo te quiero viva, de una vida que sea tuya y mía. / Yo quiero hacerte revivir aunque sea un breve momento” (25). Invocación que reconstruye la imagen de la amada en los lugares habituales donde se hace visible para el sujeto poético obsesionado por su reaparición y figuración. Los poemas van, así, recobrando a la ausente, haciéndola vivir a través de la repetición de las acciones cotidianas que permanecen en la memoria y se convierten en actos fundadores, que repiten un gesto ancestral para exorcizar la muerte. En el poema final de libro titulado “Nunca me pregunto dónde estás”, se escribe: “Así es la vida, ya no se puede decir que estás muerta / ...y yo siempre me equivoco / cuando me preguntan por ti y los dejo creer que estás viva. / Así vivo tu muerte, invitándote aunque sea un momento / a vivir la vida que vivimos juntos, agregando unas horas / más al día, y un día más a los meses y tantas cosas más” (71). De esta manera, la elegía de Barquero retoma en sus versos finales ese tono afectuoso e íntimo que devuelve a la amada al lugar de lo cotidiano, como si siguiera viviendo en la penumbra del hogar restaurado a través de la escritura poética.

El poeta ha logrado a través de un largo recorrido conservar su sello personal inconfundible: ése que hace de su rincón campesino y provinciano y de su temple cercano a la realidad de los objetos y sujetos, un símbolo de lo trascendente, estableciendo una clara diferencia entre el paternalismo rural y su mirada masculina y mítica. En su

poesía, la liturgia invisible de nuestros actos más inocentes se transforma en la voluntad de un ser humano condenado a purificar su condición degradada en una naturaleza que se juega en el reencuentro con los otros y el misterio de estar vivo. Termino esta ya larga nota, invitando a los lectores a leer y releer a este gran poeta chileno que acaba de morir y que enriquece con sus poemas la gran tradición de la lírica chilena.

BIBLIOGRAFÍA

- Barquero, Efraín. *La mesa de la tierra*. Santiago: Lom Ediciones, 1998.
- . *Antología*. Prólogo de Naín Nómez. Santiago: Lom Ediciones, 2000.
- . *El poema en el poema*. Santiago: Lom Ediciones, 2004.
- . *El pan y el vino*. Santiago: Lom Ediciones, 2008.
- . *Pacto de sangre*. Santiago: Editorial Universidad de Talca, 2009.
- . *Mujeres de oscuro*. Prólogo de Naín Nómez. Santiago: Editorial Universitaria, 2ª ed. 2017.
- . *Escrito está*. Prólogo de Naín Nómez. Santiago: Lom Ediciones, 2017.
- . *El viento de los reinos*. Santiago: Nascimento, Ediciones Lastarria, 2ª ed. 2019.
- Concha, Jaime. “La poesía de Efraín Barquero”. *Poesía chilena (1960-1965)*. Santiago: Ediciones Trilce, 1966, pp. 32-43.
- Nómez, Naín. “Sobre *El pan y el vino* de Efraín Barquero: por una liturgia de la solidaridad”. *Atenea* No 498 (2008): 143-151.